The heart speaks unto heart

OCTUBRE 2024

La fiesta de san John Henry Newman, el 9 de octubre, nos ofrece la ocasión de elevar nuestra acción de gracias a Dios por la vida y legado de tan insigne testigo de la fe; con gusto prestamos atención a la enseñanza de quien consideramos un verdadero maestro de vida cristiana, porque antes que lecciones nos ha ofrecido un ejemplo luminoso de lo que significa amar a Dios y al prójimo por amor de Dios. La figura de san John Henry ha sido una fuente de inspiración para muchos, desde grandes Papas hasta las personas más sencillas. La fragancia de su entrega se ha esparcido en la Iglesia, iluminando a todos a su alrededor[1].

El Cardenal Newman fue un hombre decidido, atento y obediente la voz de su conciencia, sin componendas ni regateos. Desde joven se había acostumbrado a ser exigente consigo mismo y comprensivo con los demás. Ya durante su juventud era incapaz de engañarse ni traicionarse, aun cuando en aquella época solo quería ser virtuoso, sin ser religioso[2]. A la edad de 15 años, había recibido el don de la fe[3], y desde entonces procuró vivir con autenticidad la vida cristiana, sin importar el precio: «santidad, antes que paz»[4], decía en aquella época. No cedió a las presiones del ambiente durante su etapa de estudiante en la Universidad de Oxford[5]: «nunca he pecado contra la luz»[6].

> "Triste será el destino de los irresolutos y vacilantes, esos que aman tanto este mundo que son incapaces de dejarlo, aunque creen y reconocen que Dios les manda hacerlo"[7]

En 1833, a la edad de 32 años realizó un viaje por el Mediterráneo, cosa entonces muy valorada en Inglaterra en un joven profesor cómo él. Estando en Sicilia cayó gravemente enfermo. Recuperó la salud cuando ya prácticamente lo daban por muerto. Una vez de regreso a su patria inició y animó el Movimiento de Oxford, que constituyó un gran esfuerzo por despertar la conciencia cristiana de los anglicanos, animando a la Iglesia a una fidelidad cada vez mayor, a ejemplo de los primeros cristianos. Del gobierno exigía que reconociera sus límites en el ejercicio del poder y respetara la independencia de la Iglesia. La animación del Movimiento tuvo lugar a través de los inspirados sermones[8] que Newman predicaba en la Iglesia de Santa María, la capellanía universitaria, y de una serie de «Folletos de actualidad»[9] que iban publicando, desde el primero de ellos quedaba clara la consigna: «TIENEN QUE DECIDIRSE»[10]. «Triste será el destino de los irresolutos y vacilantes...»[11]

La radicalidad de su entrega le distinguirá a lo largo de todo su camino posterior, tanto en las cosas sencillas como en las grandes, poniéndose de manifiesto de manera especial aquel célebre 9 de octubre de 1945 en que, después de un largo periodo de reflexión y oración, pide ser admitido en el seno de la Iglesia Católica, consciente de las consecuencias que ello le acarrearía y contraviniendo no solo la opinión pública y las conveniencias exteriores, sino sobre todo su propias inclinaciones: «A cuantas cosas he

1 *Oración para irradiar a Cristo.*
2 *Autobiographical Writings*, p. 169.
3 *Apología pro vita sua*, p. 5, ss; *AW*, p. 150 y 268; *Letters and Diaries XXXI*, p. 31.
4 *Apo.*, p. 6.
5 *AW*, p. 35.
6 *Apo.*, p. 31; *LD I*, p. 198.
7 *Sermones parroquiales y sencillos 1*, s. 1, pp. 41-42

renunciado, cosas que yo amaba y estimaba y pudiera haber retenido, de no haber amado más la sinceridad que el nombre, y la verdad más que a queridísimos amigos»[12]. Nunca en su vida dejó que le amedrentaran las críticas, ni las posibles consecuencias negativas del cumplimiento del deber: fue calumniado, parodiado, ridiculizado; perdió prestigio, puesto, título, ingresos; se vió privado del afecto de familiares y amigos. En la Iglesia Católica misma, a la que había ingresado a un coste altísimo, fue puesto continuamente bajo sospecha y tuvo que vivir bajo la lupa de una vigilancia no pocas veces malintencionada: «estaba convencido de que la honestidad era la mejor táctica»[13], «no hay otra libertad que vivir cautivos de la verdad»[14], decía.

Como Jesús que tomó la firme determinación de subir a Jerusalén, también nosotros necesitamos «una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a la perfección, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, cueste lo que costare, aunque se muera en el camino, aunque se hunda el mundo»[15]: un ideal para toda la vida, un paso cada día. A cada momento tenemos que tomar decisiones, elegir entre la libertad de vencer nuestras pasiones o la esclavitud de vivir sometidos a ellas. Nada que valga la pena se consigue sin esfuerzo. La alegría es el patrimonio de los valientes; la tristeza el salario de la mediocridad. Determinación significa, por tanto, asumir un proceso de conversión: dejar de pensar como piensan todos, dejar de vivir como viven todos, dejar de sentirse justificados por el hecho de que los demás hacen lo mismo. No se puede llegar a Jesús sin el Bautista. Jesús asumió en su predicación el núcleo central del mensaje de Juan: «Conviértanse, porque ya está cerca el Reino de Dios»[16]. Lo contrario a la conversión consiste en vivir una continua autojustificación.

«No se piense que hay un momento claramente marcado en la vida en el que esto se realiza de una vez para siempre... la conversión es una tarea que no termina nunca»[17]. «Al retrasar el arrepentimiento estamos postergando para un futuro hipotético en el que las fuerzas y el vigor habrán pasado, una tarea para la que toda una vida no es suficiente»[18]. «No hay pecador que no pueda convertirse en un santo. No hay santo que no haya sido o pudiera haber sido un gran pecador... la magnanimidad y el poder de la gracia divina no conoce límite... Así como no hay santo sin pasado, tampoco hay pecador sin futuro. Hayas pecado poco o mucho, Él tiene poder para dejarte tan limpio como si nunca lo hubieras ofendido... Para el Señor es igual de sencillo lavar los muchos pecados como los pocos... La gracia puede rehacer el pasado, puede obrar lo imposible»[19]. Querer de verdad es poner los medios.

Hay que dar, bien dado, el primer paso. ¿Cuál es? La respuesta nos la ofrece san John Henry en un sermón de 1831: «Lo mejor que puede decirse de la raza de Adán, caída y redimida, es que reconocen su caída, se culpan de ella, e intentan recuperarse... Fallamos de continuo, tenemos que renovar siempre el dolor y el propósito. Estamos siempre recomenzando: el cristiano más perfecto no es a sus propios ojos, más que un principiante, un penitente pródigo que ha derrochado los dones de Dios, y que vuelve a él para que le de otra oportunidad... El arrepentimiento más noble —si noble puede ser una criatura en su caída—, la conducta más decorosa en un pecador consciente, es una rendición incondicional de sí mismo a Dios; no un regateo sobre las condiciones, no planear, por así decir, la forma de ser readmitido, sino, en primer lugar, una rendición instantánea de uno mismo... el camino perfecto, ante el cual la naturaleza se asusta, es la rendición de uno mismo»[20]. Dios nos conceda, por intercesión de la Santísima Virgen, de san José y san John Henry, «no cansarnos nunca de estar siempre recomenzando»[21].

8 *Sermones parroquiales*, en 5 volúmenes.

9 *Tracts for the Times*, de ahí el nombre de «Tractarianos».

10 *Cf. Íb.* n. 1.

11 *Cit.* Cf. nota 8.

12 San John Henry, *Apología, Prólogo del autor,* p. XXXVlll.

13 *Apo.*, p. 91

14 *Perder o ganar*, cap. 3.

15 Santa Teresa, *Camino de perfección* 21, 2.

16 *Mt.* 4, 17

17 *SPS 3*, s. 7, p. 104, ss.

18 *SPS 1*, s. 1, *cit.*

19 *Discursos sobre la fe*, p. 100-102.

20 *SPS 3*, s. 7, *cit.*

21 La frase es del Venerable Tomás Morales, SJ.

THE NEWMAN SOCIETY

C. Constitución de 1857, 122b, Frac. Revolución, Tlaquepaque, Jalisco (Mx).

Tel. (+52) 33 4530 2258 y 33 3774 2107

www.thenewmansociety.org